



La Acción Católica Cubana. (I)

Por Esperanza Purón

La Acción Católica Cubana podemos decir que es una de las obras apostólicas más importantes que conoció la Iglesia Católica en Cuba. El apostolado seglar se unificó en muchos aspectos dentro del movimiento de la Acción Católica que es la participación organizada de los laicos en las actividades del Apostolado Jerárquico. Como veremos en el presente trabajo dicha participación fue establecida por los Romanos Pontífices como una ayuda providencial a la obra de la Iglesia, y hasta hoy está en todo el mundo orientada por el Papa, los Obispos y los Párrocos.

Antecedentes

El año del nacimiento de la República (1902), la presencia del catolicismo apenas contaba en la vida cubana, a la Iglesia se le había dado el lugar para los rituales solemnes de la existencia: el bautizo, la boda y el entierro. Ello era una consecuencia del liberalismo, de la reacción masónica y de la tibieza de la mayoría de los fieles católicos, los cuales, además, poseían una escasa preparación religiosa.

En aquel año, Cuba contaba con sólo dos obispados: el de La Habana, creado en 1787 y el de Santiago de Cuba, elevado, en 1803, a la jerarquía de arzobispado y su Catedral, declarada Metropolitana. La casi totalidad de los obispos que ocuparon las dos sedes existentes fueron españoles. No obstante, hubo entre ellos obispos que se caracterizaron por su amor a Cuba y que contribuyeron en la consolidación de nuestra cultura y nacionalidad. Pero los designados en el período de las guerras de independencia, actuaron como puros funcionarios al servicio de la metrópoli. Algunos de sus gestos y declaraciones de esta época hicieron que se considerara a la Iglesia ligada al poder colonial y enemiga de la independencia, que era lo mismo que decir anticubana. Luego, era vital para nuestra Iglesia, que entraba en el siglo XX, alcanzar de nuevo el arraigo en la cubanía que tuvo en el siglo XIX e insertarse en la realidad nacional emergente.

Por tanto, la Iglesia tenía, entre otros, los siguientes desafíos: Recuperar la credibilidad (prácticamente nula en ese momento a causa de su compromiso anterior con el poder colonial) y la reevangelización del pueblos (con gran indiferencia e incultura religiosa). Esto lo logrará progresivamente mediante la promoción del clero nativo, la educación católica y las asociaciones y movimientos laicales que crecían cada día y que se caracterizarán por su empeño apostólico y su gran proyección social.

El Patronato Regio cesa en 1898, entonces la Santa Sede va a ir nombrando gradualmente obispos cubanos. Primero para la arquidiócesis de Santiago de Cuba (1899), después para La Habana (1903), y así para las diócesis que habrán de surgir. A mediados de 1903, la actividad eclesial comienza a ampliarse con la creación de dos diócesis: la de Pinar del Río y la de Cienfuegos; a las que siguen, en 1912, la fundación de otras dos diócesis, la de Matanzas y la de Camagüey, que hacen ascender a seis el número de ellas. Estas diócesis van a coincidir con las antiguas seis provincias civiles en que estaba dividida la Isla hasta la nueva división política administrativa llevada a cabo en 1976, que elevó el número de provincias a 14.

El apostolado seglar (1902-1942)

La colaboración de los laicos dentro del campo religioso durante la etapa republicana ha tenido una tarea destacada. La participación de los laicos cubanos en el primer tercio de siglo XX en el apostolado era la de pertenecer a asociaciones cuyo carácter era más piadoso que apostólico. Cofradías, hermandades y terceras órdenes, que buscaban la mayor perfección de la vida cristiana de sus miembros por el ejercicio de obras de piedad y misericordia.

Unas estaban más centradas en el culto, otras acentuaban la dimensión caritativa y asistencial, llegando a alcanzar cierta proyección social como: las Conferencias de San Vicente, en 1856 se establecen en Cuba y en España en 1851, fundadas en París por el laico Federico Ozanam en 1836; la Congregación de la Anunciata, en 1875 (fundada en el antiguo Colegio de Belén de los padres jesuitas) y la Asociación de madres católicas,

aprobada por el Obispo Santander y Frutos, hacia 1888. Otras asociaciones se centraban en la oración. Por ejemplo: la Asociación de la Adoración Nocturna, inaugurada el 7 de septiembre de 1908 en la Parroquia del Santo Ángel Custodio de la Ciudad en su Consejo de La Habana y en 1910 la Asociación de la Medalla de la Virgen Milagrosa, en la Iglesia de La Merced. Ambas aún existen con vitalidad.

Las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia que motivaban a los congregantes a la acción extraeclesial fueron: La *Rerum Novarum* (1891), documento de mayor repercusión del Papa León XIII (1878 - 1903) acerca de los problemas sociales, y *Il fermo proposito* (Junio 1905) dirigida por el Papa Pío X (1903-1914) al episcopado italiano, donde invitaba a apreciar y promover la acción católica o acción de los católicos laicos, que, de acuerdo con las circunstancias y necesidades propias de cada país, está encaminada a difundir y siempre mejor dilatar el Reino de Dios en los individuos, la familia y en la sociedad.

En 1909 se funda en La Habana el primer Consejo de la Orden de los Caballeros de Colón (Knights of Columbus), estableciendo en la Parroquia del Cristo del Buen Viaje su Consejo San Agustín. Los Escuderos de Colón formaron la rama juvenil de los Caballeros. En esta organización no se admitían negros ni mestizos, la integraban personas de clase media y de alta posición social. La misma se mantuvo hasta la década del cincuenta y creo que han de entrar en la historia de la Iglesia en Cuba como una organización que brindó importantes aportes al apostolado laical.

En el año 1922, el Episcopado cubano estableció una Federación de Sociedades Católicas. Pero es en la *Ubi Arcano Dei* en 1925, del Papa Pío XI (1922–1939), donde se precisa la naturaleza de la Acción Católica. En los fines y en la organización, la Federación se situaba en la línea del movimiento de Acción Católica. Sin embargo, en la práctica no se contaba con los elementos suficientes para hacer prosperar la Federación, pues las grandes asociaciones de carácter nacional en Cuba estaban aún por surgir.

Entre 1920–1922, se establecen en Holguín los Caballeros de San Isidoro y hacia 1925, en el centro de la Isla, en Sagua la Grande, se crea la Asociación de Caballeros Católicos de Sagua, (padre Esteban Rivas y el doctor Valentín Arenas), concebida como una asociación cívico–religiosa. Un aspecto novedoso de la nueva asociación era su apertura a los hombres de cualquier clase y condición social. En su seno tenían cabida, con iguales deberes y derechos, todas las razas, todas las fortunas, todos los estados, todas las escalas de vida social y todos los grandes ideales. En este sentido puede considerarse como precursora de la igualdad social en Cuba.

Aquel momento histórico estaba signado por una poca presencia de la juventud católica en la vida de la Iglesia y en los distintos Ambientes sociales y escasa perseverancia en la práctica religiosa de los egresados de los colegios católicos.

En 1919 surge la Asociación de Católicas Cubanas con carácter cultural, mutualista y religioso, fundada por la Srta. Ana María Bez que agrupaba un grupo de jóvenes universitarias. Se fundaron, en 1925, las Damas Isabelinas, rama femenina de la Orden de los Caballeros de Colón (Catholic Daughters of America). En 1923 hubo un Primer Congreso de Mujeres. Allí había una sola asociación, pero ya en 1925, en el Segundo Congreso, estuvieron presentes siete asociaciones.

¿Qué propusieron las mujeres en ese II Congreso de 1925? En sus Memorias se pueden encontrar entre otras: a) Elevar al Congreso de la República un proyecto de ley sobre Cooperativas para la protección de la mujer trabajadora cubana. b) Creación de escuelas vocacionales y de artes y oficios para la superación de la mujer, con el objetivo de abrir un horizonte más amplio de acción de la mujer trabajadora. Como puede verse, las mujeres católicas cubanas no sólo rezaban el rosario, su fe y piedad las impulsaban a acciones encaminadas al mejoramiento de la sociedad.

Hombres y mujeres católicos han dado un gran aporte a Cuba también en el campo de la enseñanza. Pero las mujeres han tenido un papel en extremo destacado y son muchas las mujeres católicas que se han consagrado y lo siguen haciendo en este campo. Citamos a Mariana Lola, fundadora en 1902 del colegio El Ángel de la Guarda, que hasta su muerte en 1953 enseñó a alrededor de 12 mil alumnas. Mariana Lola fue considerada Benemérita de la Patria, condecorada con la Cruz de Carlos Manuel de Céspedes y por la Iglesia con la distinción *Pro Ecclesia et Pontifice*.

En 1940 las maestras católicas contaron con su asociación a nivel nacional: La Federación de Maestras Católicas de Cuba. Proponen como finalidad de la misma la defensa y promoción de los derechos de los maestros, de los

padres y de los niños. Para tener una idea de la situación de estos maestros deseo detenerme en el laicismo estatal de la época que negaba la enseñanza de religión en las escuelas públicas, lo cual niega el derecho de todo niño a recibir una educación integral y el derecho de los padres a elegir la educación que desean para sus hijos. Dicho laicismo impedía, además, a los maestros la profesión pública de su fe. La Federación de Maestras fue, junto a la Asociación de Médicos Católicos y la de Abogados Católicos, una de las pocas asociaciones de carácter profesional que cristalizaron en Cuba a pesar de las condiciones adversas que señalé anteriormente.

También entre los sectores que comenzaron a agruparse a principios de la República tenemos el de la juventud y entre las primeras asociaciones se cuentan: la Juventud Antoniana de La Habana, fundada en junio de 1915 por el franciscano Marino Amestoy, la Asociación de Jóvenes Católicos creada por el escolapio Manuel Serra en 1920.

También existían algunas asociaciones de antiguos alumnos de colegios católicos y de profesionales adultos, pero siempre con un área de acción muy reducida.

Aquel momento histórico estaba signado por una poca presencia de la juventud católica en la vida de la Iglesia y en los distintos ambientes sociales y escasa perseverancia en la práctica religiosa de los egresados de los colegios católicos.



Entonces se va madurando la idea de crear una organización única que reúna y dé consistencia a todas las iniciativas hasta el momento dispersas del incipiente apostolado juvenil; el hermano Victorino, de La Salle, era el alma de esta idea. En 1927 la Asociación de Jóvenes Católicos, creada por el padre Serra, se transformó en el Club Católico Universitario para agrupar este sector y promover su acción en su ambiente propio.

En 1927 la Asociación de Jóvenes Católicos, creada por el padre Serra, se transformó en el Club Católico Universitario para agrupar este sector y promover su acción en su ambiente propio.

¿Qué unifica a la juventud católica cubana? Bien descrito está en el libro de las Bodas de Plata de las Juventudes de Acción Católica Cubana, 1953, que cito:

“Los ataques de que fueron objeto la Iglesia y su clero, el dogma y la moral; los insultos blasfemos a la Santísima Virgen, proferidos en un Congreso Estudiantil que tuvo por escenario la Universidad de La Habana, en 1927, y a los que opuso viril resistencia un núcleo de estudiantes católicos, en su mayoría exalumnos de los Colegios Católicos, hizo palpable la urgencia de abandonar la actitud pasiva del catolicismo cubano y adoptar otra más combativa”.

El 11 de febrero de 1928 se hizo realidad el proyecto, quedando constituida la Federación de la Juventud Católica Cubana (FJCC), por doce de dichas Asociaciones y el Club Católico Universitario. La FJCC surge a la vida como respuesta a la necesidad de preparar y organizar para el apostolado a los seculares jóvenes católicos de Cuba, canalizando su acción en medio de la sociedad de su tiempo, a partir de una recia espiritualidad y de una sólida formación.

Después de desaparecer el Club Católico Universitario surge la ACU, Agrupación Católica Universitaria, fundada por el padre Felipe Rey de Castro, sj. Su núcleo inicial era alumnos del Colegio de Belén, que se aprestaban a ingresar en la Universidad. El padre Rey de Castro, sj, tenía claro que la Iglesia no puede salvaguardar la fe de sus fieles de todo error y procurar su crecimiento espiritual si esta acción no implica un verdadero compromiso apostólico.

Referencias bibliográficas:

García Cabrera, R. Artífices de Reconciliación. El ser y la misión del laico en el magisterio y en la praxis de la Iglesia en Cuba (1969-2000), Roma, 2003.

Suárez Polcari, R. Historia de la Iglesia Católica en Cuba. Ediciones Universal, Miami, Florida, 2003.

Juventudes de Acción Católica Cubana, Memorias de las Bodas de Plata, 1928-1953.